

de vehículo para llevarnos hacia lo que cada una entiende por realidad, y el tema del camino hacia la realidad trascendente y su interpretación de «la noche oscura». Es enorme el acierto de la comparación, no sólo para la intelección de estas dos vidas y su pensamiento, sino también para la intelección de nuestra propia situación.

MARÍA RIAZA

VIDLER, Alec R.: *Prophecy and Papacy. A Study of Lamennais, the Church and the Revolution* (The Birkbeck Lectures, 1952-1953). New York, 1954, 300 págs.

El título de este libro es un poco complejo; pero le cuadra perfectamente. Estudia la vida y misión de Hugues-Félicité Robert de Lamennais. Una figura representativa del movimiento de ideas propio de la primera mitad del siglo XIX, en las circunstancias en que las fuerzas de la revolución, aunque en apariencia vencidas, se enfrentan con las de la tradición.

Para los espíritus inquietos ese estado de cosas representaba un *appel* personal, en el sentido de conceptuarse llamados a intervenir en vistas a configurar el orden humano resultante del conflicto. Entre esos espíritus ninguno tan sensible a las urgencias del momento como Lamennais. Por eso también ninguno tan expuesto a exagerar la partida, y propasarse a respuestas deformadoras del problema mismo. Naturalmente, esto no podía realizarse sin una vida llena de trabajos y de empresas; expuesta a violentas oposiciones e incondicionales apoyos desde el exterior, así como mantenida a base de una seguridad de elegido en el interior. De todo hubo en abundancia en la vida de Lamennais. Y esto es en primer lugar el libro de A. R. Vidler: una biografía.

Comienza por presentarnos la familia del personaje. Nacido en 1782, va creciendo al paso de las conmociones de la revolución. Más tarde la empresa napoleónica tiene en continuo estado de alarma a Europa y en particular a Francia. Lamennais pasa por estos excepcionales tiempos aguzando su capacidad crítica. Desde muy pronto se declaró enemigo de la «filosofía» que condujo a las drásticas medidas revolucionarias. Así como vió con neta claridad el mal juego que a las instituciones tradicionales hacían las reformas napoleónicas, aunque a veces se cubrieran con el aparato legal más estricto. Contra ese mundo ascendente abre desde un principio combate, con instinto certero, para percatarse de todos los puntos por donde amenazase surgir algún peligro, en particular respecto a la Iglesia. Pero su polémica es más galvanizadora que cauta; a cargo del repente, la impresión y el efecto, antes que de la prudencia y de la lógica.

Desde 1816, en que se ordena sacerdote, toma más oficialmente partido por las posiciones que vienen prefigurando su mentalidad.

Los veinte años de lucha hasta separarse de la Iglesia (1836) significan una voluntad de recristianización a cualquier precio. En busca de la pureza sin contaminaciones llega a desconocer la vida. Y en esta tensión tras su ideal acaba quedando al margen de ella, incluso al margen de las razones de vivir por las que había venido luchando. Entre la publicación del *Ensayo sobre la indiferencia* y la de *Palabras de un creyente*, puede seguirse con claridad, a través de este libro, la trayectoria de un espíritu que, a fuerza de creerse «el llamado», acaba resolviéndose «el excluído». Quiso tener razón contra la comunidad y hubo de acabar solo.

El título *Profecía y Papado* expresa bien esta antítesis. Lamennais tuvo siempre mentalidad de profeta. Sus libros son, más bien, programas de reformador o apocalipsis de vidente que tratados de doctrina. El público los devoraba, como ocurre siempre con la literatura de mensaje.

No hay duda que su autor tenía la sensibilidad y el talento apto para recoger las instancias culturales del tiempo; y sabía expresarlas en un lenguaje captador. Por eso no puede desconocerse su influjo en el catolicismo francés de todo el siglo XIX. Las primeras figuras de la vanguardia intelectual religiosa en ese período —Bonald, Montalembert, Lacordaire...—, o fueron formadas por él, o trabajaron en su círculo; Louis Veuillot escribía en 1846, refiriéndose a Lamennais, que había sido él quien tuvo primero las ideas que todos ellos defendían. Los mismos indiferentes sintieron la atracción de su figura, desde Víctor Hugo a Augusto Comte. No se puede negar buena intención, y sobre todo afán de pureza, a este movimiento cuyo último sentido era adueñarse de la fuerza revolucionaria para convertirla en cristiana. Esta empresa debía chocar con el orden constituido después de la Paz de Viena, de tendencia restauradora. Hombres como Lamennais tenían que ser vistos, y así aconteció, por los gobiernos como especie de anarquistas. El deseo de una Iglesia, consecuente con su liberalismo, libre de tutelas gubernamentales, que los poderes civiles se cobraban siempre con creces, le tenía que predisponer contra ellos. Y Lamennais veía su enemigo en el orden político aburguesado que se había hecho dueño de todas las cortes europeas. A la vez que interpretaba el cariz que iban tomando en Roma las cosas contra él como algo motivado por razones políticas. Como documento esencialmente político considera siempre la encíclica *Mirari vos* (1832) con que Gregorio XVI condena su actuación. Nunca en la historia han sido cordiales las relaciones entre la inspiración y el oficio. El profeta tuvo siempre enfrente a la autoridad. En el caso de Lamennais, pronto su actitud tuvo que chocar con el Papado.

Colocado siempre en la arista inestable y peligrosa, su vida fué, aunque guiada siempre por una misma ley de reforma, pródiga en cambios de frente parciales. El más decisivo de esos cambios lo representa su ida desde el ultramontanismo al abandono de la Iglesia.

¿Su misión fué un fracaso? En el orden exterior, sin duda. Las

empresas que llevaba entre sus manos, su voluntad de instaurar todo un orden futuro nuevo, simbolizada en el título de su periódico *L'Avenir*, se vinieron abajo. Hasta el equipo de hombres que le apoyaba se dispersa. No obstante, la inquietud de los espíritus a que esos intentos respondían era auténtica, y la expresión que a esa inquietud se dió en el círculo lamennaisiano seguirá obrando a todo lo largo del siglo. Los tres grandes motivos de su obra: el «apologético», a base del tradicionalismo y la filosofía del *sensus communis*, en contraste con el racionalismo cartesiano y la subsecuente revolución; el «sociológico», propugnador de un ultramontanismo en pugna con las pretensiones nacionalistas; y el «político», cuyo peculiar contenido era un liberalismo católico, van a ser banderas de lucha en todo lo sucesivo. Y hasta cabe decir que esas magnas cuestiones siguen actuales y sin liquidar. El programa de regeneración social y renacimiento religioso continúa siendo el nuestro. Este libro de Vidler recuerda el discutido nombre de Maritain, signo de contradicción ideológica entre nosotros, y cuya ascendencia mennaisiana se ha señalado en más de una ocasión.

Por todo esto, la figura de Lamennais, borrosa cuando se consideran en conjunto y superficialmente los hechos, es de lo más significativa para quien intente entenderlos de cerca. Pueden haber envejecido sus métodos y, en general, sus libros; pero sigue representativa su actitud. Una actitud en la que se manifiesta el sortilegio que la revolución puede ejercer en cierta clase de espíritus, y en la que se hacen visibles los peligros a que lleva la falta de control sobre ese sortilegio. La fuerza de Lamennais descansa en su capacidad de profetismo; pero ese profetismo, fuera de los cauces canónicos, causó su ruina. Hasta el momento en que se consuma, separándose de la Iglesia, le sigue la interpretación de Vidler. Esto ocurre en 1836. Ahí le deja, porque el resto de su vida hasta 1854 en que muere, ya no interesa para seguir el asunto central del libro, que es mostrar la pugna de ideologías, significadas en la que sigue un cristianismo que prácticamente se pone al lado de la revolución, y la que mantienen los poderes oficiales añorantes del *ancien régime*.

Este libro puede ser considerado como un ensayo de comprensión filosófica de los acontecimientos históricos en general del mundo en que el protagonista se mueve. Es, pues, un trozo de la historia de la Iglesia, y aun de la Historia Universal a través de la figura de Lamennais. Expositivo más que crítico; ampliamente documentado, en medio de un desarrollo sin pasión, lleno de respeto y objetividad y también de admiración por la personalidad de «uno de los hombres más fascinadores que jamás hayan existido».

S. ALVAREZ TURIENZO